



EXCMO. AYUNTAMIENTO

ALCOY

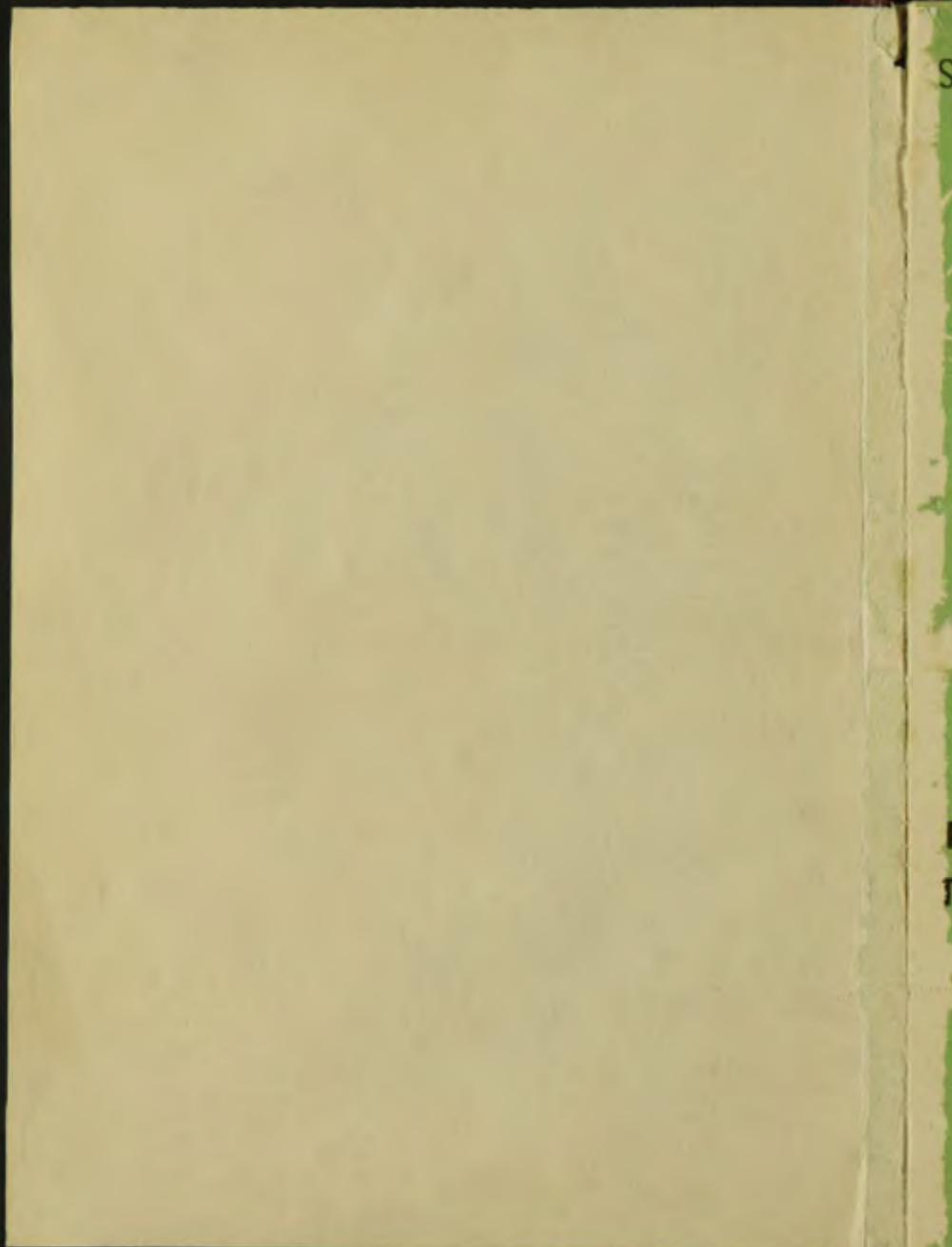
273



**OBRA DE CONSULTA
EXCLOSA DE PRÉSTEC**

NO SE PRESTA





SIERVO DE DIOS

Gasimiro
Barello
Morello

Peregrino Penitente
Terciario Franciscano



Por AMALIO SENTANDREU
ARCIPRESTE DE ALCOY

O r a c i ó n

para conseguir del Señor la beatificación
del penitente Casimiro Barello Morello

Eterno padre, por Jesucristo tu Hijo, ante cuya presencia en el Sacramento del Altar encontraba sus delicias tu siervo el penitente Casimiro Barello, humildemente te pedimos la gracia de venerarlo en los altares, para que nos sirvan de ánimo sus heroicas virtudes y logremos por su intervención lo que te pedimos, para acrecentar nuestro amor hacia el augusto Sacramento de la Eucaristía.

Padre Nuestro...

Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar

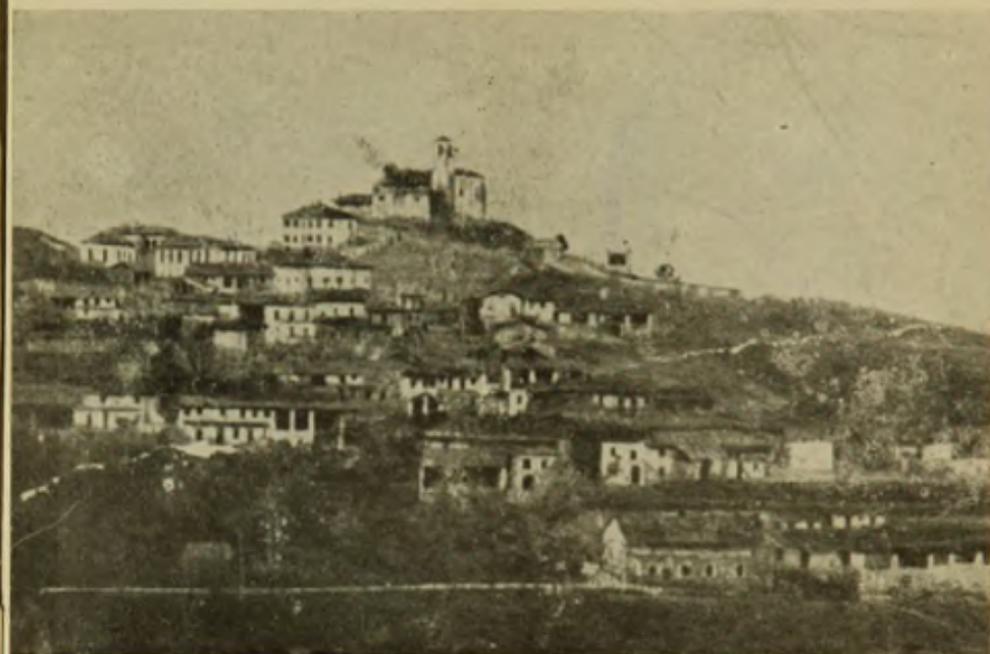
IMPRIMATUR:

† MARCELINO

Arzobispo de Valencia

Comuniquense las gracias al Postulador Rvdo. D. Alejandro
Battaini S. D. B. Palacio Arzobispal, Valencia, o al
Rvdo. D. Casimiro Valero Vicedo en Alcoy.

CON LICENCIA ECLESIASTICA



VISTA GENERAL DE
CAVAGNOLO,
SU PUEBLO NATAL

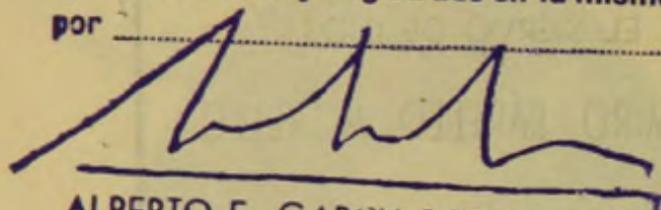


IGLESIA PARRO-
QUIAL DE CAVAG-
NOLO, DONDE FUE
BAUTIZADO



Este libro ha sido donado a la Biblioteca
del Despacho de Sres. Concejales de este
Excmo. Ayuntamiento por _____

D. Rafael Calvo
siendo recibido y registrado en la misma
por _____



ALBERTO E. GARCIA RODRIGUEZ

Tomo número 276

Fecha de Clasificación

Alcoy 28 de junio de 1945

92
BAR
Sen



Casimiro Barelo Morello

Yo deseo que todos los hombres conozcan a Dios, le amen y le sirvan; si yo fuera un sabio, me valdría de mi lengua y mi sabiduría para conseguir mis deseos; pero como soy un ignorante, un rudo, no puedo valerme más que de mi cuerpo, para que, viendo los hombres cómo adoro a Dios y le sirvo, le conozcan también, le amen y le sirvan.

Casimiro Barelo.

Una tarde de febrero, el 23 de 1884, un joven, de rostro pálido y flaco, vestido de una túnica de paño burdo, pies descalzos y cabeza al desnudo, entraba en Alcoy. La Ciudad, entregada a su trabajo, no reparó de momento en aquel insignificante personaje, mezcla en apariencia de mendigo y fraile, que por uno de esos designios de la Providencia había de incorporarse en breve a su historia. Al día siguiente, ya la curiosidad había mordido el corazón del pueblo y se corrió enseguida la voz: ¡ha llegado un peregrino! A los tres días la curiosidad habíase trocado en interés, cuando le vieron arrodillado toda la jornada del día ante el Santísimo

Sacramento, en la Iglesia de Santa María; y el interés acabó en ruidosa admiración de este pueblo diligente y activo, que no abandona por nada su trabajo y sin embargo holgó por completo y se echó a la calle e día de su muerte, sólo por ver su cadáver, atraído por el señuelo de sus virtudes y fama de santidad. Y todo esto ocurrió en el breve espacio de un par de semanas. El peregrino era CASIMIRO BARELLO MORELLO.

Fué como un meteoro fugaz, que saliendo de Cavagnolo, un pueblecito de Turín, en tres años apenas, recorrió Italia, Francia y España, señalando su paso con un reguero de penitencia y amor al Dios Sacramentado; y después de brillar sobre Alcoy, en un último fulgor de mortificación, pobreza evangélica e incendios eucarísticos, ocultóse tras el horizonte infranqueable del sepulcro. Sus cenizas, que descansan en la Iglesia de San Jorge, rodeadas de aromas de santidad, después de 60 años, siguen atrayendo innumerables devotos, y todavía los más ancianos, señalándonos el puerto de Albaida, nos dicen con emoción incontenida: por allí, por aquellas montañas, llegó el peregrino.

Lector querido: por el camino blanco de estas páginas, donde he intentado recoger los heroicos pasos de su vida, su fama de santidad y sus virtudes extraordinarias en una rápida visión de conjunto, llega también a tí el peregrino-penitente CASIMIRO BARELLO.

Podrás observar que este peregrino no se parece en nada a aquellos de la Edad Media,

que a bandadas cruzaban el corazón de Europa y las tierras de España, y cumpliendo la disciplina penitencial de la Iglesia, se dirigían al sepulcro del Apóstol Santiago, para terminar allí su peregrinación y penitencias. Aun de lejos su silueta era inconfundible: el clásico hábito y bordón, rematado por una cruz; y mirados de cerca, tan santo oficio no les impedía, en ocasiones, buscar el albergue de alguna hostería, donde aliviaban sus ayunos y vigiliass con viandas calientes y lecho menos duro.

Nuestro Casimiro no es así, ni por fuera ni por dentro. Peregrino incansable, no lleva bordón: ¡su apoyo!, es un gran rosario y crucifijo. Sus sandalias son sus propios pies, que conocen los guijarros y el polvo de todos los caminos. Para saber lo que come, te costaría gran trabajo encontrar en su zurrón un pedazo de pan, negro y duro, que tendrá que remojar en alguna fuente. El descanso de cada jornada, es quedarse arrodillado todo el día en la Iglesia, ante el Santísimo, y si quieres averiguar dónde reposa por la noche, búscale en un descampado, o en algún pajar, donde le hallarás en oración. Peregrino siempre, camina sin prisas: no le espera nadie. Pero sin pausas: su misión es peregrinar sin descanso. Yo diría que Casimiro ha creado una categoría nueva de peregrino: el peregrino por vocación, que sólo aspira a dar gloria a Dios. Como él decía, «llevar por el mundo su penitencia, para predicar con ella el amor de Dios».

¡Maravilloso ejemplo público de vida mor-

tificada y sobrenatural!, que cobra un perfil vigoroso y estimulante, en medio de esta sociedad, que por contraste, se recuesta perezosa en la pradera cálida y olorosa de la vida de molición, con una desgana absoluta de subir a las cumbres altas de la santidad.

Encender en las almas un poco de ilusión por lo sobrenatural, es lo que se propone, con la ayuda de Dios, en estos apuntes sobre Casimiro,

EL AUTOR.

Casimiro Barello Morello nació en Cavagnolo, diócesis de Cassale de Monferrato (Italia), el 31 de enero de 1857, hijo de los honrados y cristianos campesinos José y Angela, que le bautizaron el mismo día. Recibió la Confirmación el 13 de agosto de 1868.

Desde pequeño se le vió piadoso, dócil y aplicado, mostrando especial afición al Catecismo. Con la muerte de su madre enfrióse, a los quince años, su piedad por la compañía de jóvenes disipados; sin embargo, aun en esa edad, en que las impresiones son tan fáciles, no llegó a sucumbir: interpusiéronse en su camino unas gástricas providenciales, en el transcurso de las cuales, se le apareció dos veces la Santísima Virgen, invitándole a que hiciese vida de peregrinación y penitencia.

Así empezó a alumbrar aquella llamita de oraciones, vigiliias y ayunos, que luego había de convertirse en una antorcha de vivos resplandores iluminando los caminos de su vida peregrinante, a través de las tres naciones mediterráneas, Italia, Francia y España; y un domingo de principios de otoño de 1874, empujado por el estímulo de un especial llamamiento, abandonó la casa paterna

Unos ejercicios espirituales en los jesuitas de Chieri hubieron de confirmarle en esta extraña vocación de peregrinar de pueblo en pueblo, y primero dirigió sus pasos a Sanpierrezena, uno de los arrabales de Génova, alojándose en la humilde hostería de la viuda Trasverso, donde, con sola su presencia y continente, frenaba las procacidades y desvergüenzas de tanto bribón como suele juntarse en estos albergues.

Pasó luego a Nápoles, con ansias de embarcar para Tierra Santa, pero este ardiente deseo de peregrinar a los Santos Lugares, se agostó en flor a las mismas puertas de la ciudad del Vesubio, al ser detenido como vagabundo por la policía, que le condujo al seno de su familia.

PRIMER VIAJE A ESPAÑA

No podía sosegar su alma ante la impaciencia de la vocación truncada y de nuevo, con licencia de su padre, por Génova y Ventimiglia se encaminó a España para visitar el sepulcro del Apóstol Santiago. Recorrió muchas regiones de España y Portugal ganando en todas partes con su trabajo el escaso sustento que permitía a su cuerpo. Llególe en esto el tiempo del servicio militar, y con pena, pero con espíritu de obediencia a su patria, hubo de reintegrarse a Cavagnolo, presentándose sin demora al alistamiento.

EL SOLDADO

En el 72 Regimiento de Infantería de Pescara, entró de asistente del Coronel, y no sólo atravesó el ambiente licencioso y asfixiante del cuartel, igual que una llama, purificando con su oración hasta los rincones de las cuadras, sino que ejercitó un apostolado castrense con tanto celo y evangélica mansedumbre, que logró desterrar la blasfemia de las compañías y arrancar a no pocos compañeros de servicio, de las garras del mal, conduciéndolos hasta los pies del confesor.

EL PEREGRINO

Cumplidos sus deberes militares quiso ya definitivamente entregarse a la vida de peregrino; pidió para ello licencia a su padre y despidióse de la novia rompiendo los dos lazos que le ataban al mundo. La carta a su prometida es bellísima, y rezuma una sorprendente y altísima teología, exhortándole a buscar un amor espiritual e imperecedero en Dios.

SEGUNDA PEREGRINACION POR ESPAÑA

Libre ya como un pájaro, sintiendo retoñar un viejo y amigo anhelo, quiso volar a Jerusalén y embarcó en Livorno en un navío rumbo al Oriente. Pero Dios, que le

reservaba apóstol del ejemplo para España, permitió que se levantara una furiosa tempestad que azotó la nave arras-trándola fuera de su ruta, pero empujándola a nuestras riberas; y así es, como Casimiro entró de arribada forzosa, si bien sano y salvo, en el puerto de Barcelona, a fines del año 1880. Allí, entregóse, en el hospital de Sta. Marta, al servicio de los enfermos, con tal ardor y caridad que le tuvo este ministerio ganada su voluntad. Pero una voz interior: ¡Casimiro, peregrina!, no le dejaba tranquilo y un día salió del hospital camino de Tarragona. Cambrils, Almería, Murcia, Córdoba, Tarancón, Madrid, Arganda del Rey fueron la ruta que dejó jalonada, con ejemplar penitencia y mortificación. Rehusó siempre el aposento que se le ofrecía, escogiendo en el hueco de alguna escalera, un haz de paja por cama y una piedra por cabzal; comía una especie de menestra en frío, hecha de restos de hojas de col, agua y pedacitos de pan; y las luces del amanecer le encontraban cada día de rodillas y en oración.

El Señor quiso probar, en la tentación, la fidelidad de su siervo y en el invierno de 1881 al 82, cuando se disponía a volver a Cavnolo para arreglar asuntos de familia surgidos con la muerte de su padre, le asaltó tan terrible combate contra la santa pureza, que, creyendo que el remedio más seguro para vencer aquella diabólica sugestión era dejar por algún tiempo la vida de peregrino y hacerse eremita, retiróse a macerar su carne a un desierto inhóspito de la Serranía de Ronda. Aquí eran

las alimañas su compañía; la aspereza durísima de los días alternaba con la altísima contemplación de las noches; reposaba brevisísimamente a la intemperie, y sólo se mantenía de hierbas y raíces crudas, llegando en una ocasión, cual otro San Jerónimo, a golpearse el pecho fuertemente con una piedra. Jesús se le apareció sonriente, poniendo fin a la prueba y le intimó que dejase la soledad y anduviese peregrinando por el mundo, seguro de su infalible ayuda. Confortado Casimiro con esta visión, sintió una fuerza espiritual que le transformó en un hombre nuevo, y se obligó, con voto, a andar siempre descalzo, descubierta la cabeza y vistiendo a raíz de sus carnes una túnica de paño burdo, ceñida con una cuerda, y a no aceptar otros dones que el pedazo de pan que le bastara y recibiera de limosna. Dios no se dejó vencer en generosidad para con su siervo, y según uno de sus biógrafos, jamás sintió ya el estímulo de la carne; una dulzura angelical se reflejaba siempre en su rostro, mientras un vigor sobrenatural le animaba a abrazarse con los sufrimientos y las humillaciones.

ABANDONA ESPAÑA Y PEREGRINA POR FRANCIA E ITALIA

En el mes de diciembre de 1882, Casimiro abandonó España con dirección a su pueblo. A su paso por Francia, en Tolosa, unos psiquiatras freudianos le hicieron un amplio reconocimiento, midiéndole el ángulo facial y

las pequeñas protuberancias de su cráneo, deduciendo de su examen que Casimiro tenía desarrollada la protuberancia religiosa y diciéndole al despedirle: «Usted es un monomaniaco religioso. A lo que contestó Casimiro: ¿«De modo que soy un loco, loco de amor de Dios? Muchas gracias, señores: yo me encuentro muy feliz en mi locura».

Hacia fines de febrero de 1883, entró Casimiro en Cavagnolo. Sus parientes le recibieron con grande alegría, pero llegaba tan derrotado, con aquella extraña vestimenta, los pies deshechos, barba y cabello en desorden que daba verdadera compasión, formando contraste con su rostro bañado de celestial placidez.

Un mes estuvo en casa de su hermano Conrado, durante el cual le vieron sus paisanos hacer este género de vida: ya muy temprano se iba a la Iglesia, oía la Santa Misa, y allí pasaba el resto del día arrodillado, sin apoyo ninguno, con los brazos cruzados ante el pecho y la mirada fija en el Sagrario. Solamente al anochecer, una vez cerrada la Iglesia, solía retirarse y tomar un poco de alimento. No obstante tal vida, más propia de un serafín que de un ser humano, le parecía que no era lo que el Señor le pedía, y decidió marcharse otra vez de Cavagnolo, no sin antes renunciar a la legítima paterna, para mejor parecerse en la pobreza al Divino Maestro, y sólo aceptó después de muchos ruegos de su hermano, un par de alpargatas nuevas; la estación era muy fría todavía, la nieve cubría los campos, y sin embargo, al primer recodo

del camino, encontró un pobre y se las cambió por las suyas totalmente rotas y destruidas.

Esta fué la mayor peregrinación por Italia y la más rica en sufrimientos y desprecios para el siervo de Dios, dibujándose en ella su robusta personalidad de hombre de Dios. En Génova, marzo 1883, confundido con los vagabundos ingresó en la cárcel de la ciudad, pero el propio prefecto, vencido por su humildad y mansedumbre le puso en libertad diciéndole: «Haced cuanto querais y rogad a Dios por mí, que bien lo necesito». Aquí trabó amistad con don Juan Semino, Vicedirector del Seminario de Hijos de María, que luego fué su director espiritual por todo el resto de su vida y dió grandes lecciones de perfección cristiana a los seminaristas. Su paz y serenidad en la cárcel de Modena, convirtió a sus guardianes; en Lanciano, sometido a un minucioso interrogatorio por una junta de teólogos, sorprendióles con sus respuestas sencillas a la par que profundas; y el canónigo Areediano, que se hizo gran amigo suyo, le inscribió en la Tercera Orden de San Francisco. En Trivento el Obispo Fray Luis Ayaccio, en una conversación con Casimiro admiróse de que un pobre peregrino hablase de ascética como un doctísimo teólogo; en Frosone, la difícil materia de la Gracia fué objeto de una conferencia con el Arcipreste y Clero; en Agnone, soportó con alegría espiritual los malos tratos de un irascible sacristán que le sacó bruscamente de la iglesia al terminar las Cuarenta Horas. ¡Que pena

la del pobre servidor cuando al año siguiente vió el retrato de Casimiro en la prensa, que publicaba la noticia de su muerte en olor de santidad en la ciudad de Alcoy, y hubo de exclamar: «Si yo lo hubiera sabido, le hubiera dejado estar toda la noche en la iglesia».

¡Lástima que esta cosecha espléndida de heroicas virtudes que ya asomaba por toda Italia, se viese súbitamente malograda. En agosto de 1883, había llegado Casimiro a Campobaso. No hizo más que penetrar en la ciudad, cuando una turba de jovencuelos alborotadores echó tras él; los guardias lo tomaron por un tonto y para evitar aquel espectáculo le llevaron a la cárcel, conduciéndole a los pocos días a Cavagnolo, a través de un penoso viaje. Era a mediados de septiembre de 1883, cuando los guardias entregaron al preso en manos del alcalde, quien le puso en libertad exhortándole a quedarse en el pueblo.

Un rasgo del más fino humorismo reveló en esta ocasión la gran paz y serenidad que inundaba su alma. Al verle llegar de aquella manera tan humillante, esposado como un criminal, entre dos guardias, no pudieron disimular sus parientes un gesto de tristeza. Pero él, contento y alegre, les dijo muy cordialmente: «¿Por qué os entristecéis por mí? Yo soy el hombre más feliz del mundo. Hay quienes están lejos de su hogar y les cuesta mucho el volver y tienen que viajar solos. Mirad, yo, por el contrario, he viajado gratis, manutención pagada y siempre en compañía de estos simpáticos amigos».

Sin embargo rogábanle que cambiase de

vida, que se quitase aquel hábito y no les dejase más; hasta se comprometían a mantenerlo a sus expensas. Era natural: les dolía que anduviese por el mundo siendo la irrisión y la burla de todos. Pero ni mudó de vida ni trocó su hábito; su vocación era caminar, peregrinar siempre hasta la muerte. Por eso, a los ruegos e insistencias de los cavagnoleses contestaba siempre: «He de partir, he de partir, Dios lo quiere». Y partió.

TERCERO Y DEFINITIVO VIAJE POR ESPAÑA

Este sol moderno de la Eucaristía y de la penitencia apareció el 3 de enero de 1884. Turís, Valencia, Alginet, Alcudia, Alberique, Játiva, Bellús, Sempere, Alfarrasí, Montaberner, Albaida y Cocentaina fueron el meridiano que siguió en ese último camino hasta ocultarse definitivamente en Alcoy.

En todos los pueblos dejó vivos recuerdos de sus incendios eucarísticos y de sobrehumana mortificación. Largas horas postrado ante el Tabernáculo, durante el día sin probar alimento; un pajar para reposar por la noche y antes de amanecer ya estaba arrodillado a la puerta de la iglesia haciendo su oración y esperando que abriesen para, con el Divino Pan Eucarístico, reconfortar el alma y cobrar nuevos ánimos para la dura jornada del día.

En la tarde del 23 de febrero de 1884, llegó Casimiro a Alcoy, término de su peregrinación

sobre la tierra. Vencido por las súplicas accedió a hospedarse en casa de un comerciante llamado don José Valero, pero con la condición de que se le diera el desván más humilde de la casa. Y por cierto que, la entrada de Casimiro fué una bendición para la familia: la esposa del señor Valero, que iba a dar a luz, se puso en trance de muerte; el afligido comerciante se acogió a las oraciones de Casimiro, y a pesar de los fatales pronósticos de los médicos súbitamente cambió la situación de la enferma y nació felizmente un niño. Al día siguiente, 24, nuestro Casimiro apadrinó al recién nacido, a quien se le impusieron los nombres de Angel Casimiro.

La estancia en esta ciudad fué muy corta; pero con sólo durar unos días el extático adorador de la Eucaristía levantó oleadas de admiración: el día 26, tercero de Cuarenta Horas de carnaval en la Parroquia de Santa María, Casimiro estuvo catorce horas arrodillado, inmóvil, con el rostro arrebolado de resplandores de Cielo, y hubo que apelar al ardid de sacarle por una puerta falsa para librarle de los piadosos fervores de la multitud que pugnaba por verle y contemplarle de cerca.

Este fué el último esfuerzo de sus peregrinaciones eucarísticas. Cinco días después ya no salió de casa del señor Valero; su cuerpo, resquebrajado por los rigores de una penitencia tan continua e intensa, se desplomó en su lecho de pajas para no levantarse más. No podía ser de otro modo; lo que no se explica, sin una ayuda sobrenatural, es que hubiese podido sobrevivir hasta ese momento, un or-

ganismo sometido a tan duras privaciones de alimento y de sueño y al agotador cansancio de centenares de leguas recorridas por aquellos pies llagados, que conocían las piedras de todos los caminos.

El día 7, recibió con todo el fervor el Santo Viático y Extremaunción. ¡ Hermosa manifestación de fe en las virtudes de Casimiro, del pueblo de Alcoy, que en esta ocasión acompañando al Santísimo alineó todos sus hombres en el trayecto que siguió la sagrada comitiva!

Deseando morir completamente pobre, como había vivido, hizo entrega Casimiro al señor Valero, para su ahijado, de las prendas que llevaba encima: el hábito, el rosario y el cordón; y de una pequeña imagen de la Virgen del Pilar, para la esposa. Y después de ofrecerse a Dios como víctima por los pecados de Alcoy, expiró plácidamente en el Señor el día 9 de marzo de 1884, a las cuatro de la tarde.

El cadáver estuvo expuesto tres días en la Iglesia de San Jorge para satisfacer la piadosa veneración de los alcoyanos, y después de un entierro imponente, en que la ciudad se asoció por entero, todavía continuó por espacio de otros tres el desfile incesante de gentes venidas de todas partes, que hacían interminables colas por ver y pasar medallas, rosarios y otros objetos por el cuerpo inanimado del penitente. El día 14, se le dió sepultura y diez años más tarde, el día 5 de octubre de 1894, fueron trasladados sus restos a la cripta de la iglesia de San Jorge, donde esperan la resurrección.

SEMBLANZA ESPIRITUAL

Casimiro Barello tuvo siempre como único ideal de su vida, la santidad y cultivó en alto grado toda clase de virtudes.

Vida de fe y confianza absoluta en la providencia, con un desasimiento total de las cosas de la tierra; un celo insaciable; una prudencia exquisita, mezcla de indomable fortaleza para las cosas más difíciles y una inmensa caridad para con los pobres y desgraciados, acompañada de una humildad profundísima. En Játiva llevó una colecta en especie para los presos, y él mismo tiró del carrito como una bestia.

Pero lo que perfila su fisonomía espiritual propia es un ardiente amor a Jesús Sacramentado y una asombrosa penitencia, que le hizo arrostrar con pacífica serenidad todas las amarguras de aquella vida andariega de pueblo en pueblo sin pan y sin albergue, y la curiosidad burlona e impertinente, cuando no el escarnio y la persecución de las gentes.

No es extraño, pues, que la fama de santo le siguiese como la sombra al cuerpo. Los seminaristas de Génova recordaban con nostalgia

su marcha con esta exclamación: «Quel giovine é veramente un santo». Cuando pasaba por los pueblos, las muchedumbres salían a recibirlo al grito de: «el santo llega». En Alcoy, se disputaban las briznas de paja de su lecho de muerte, y en su entierro se dió el fenómeno extraordinario de que las posadas, hospederías y hasta los mismos soportales de las plazas no eran suficientes para contener la enorme masa de forasteros llegados de los puntos más lejanos, como llamados por un secreto impulso. Cuando en Cavagnolo supieron que había muerto exclamaron: «Teníamos en casa un santo y no queríamos conocerlo»; y el día de sus funerales sobre la puerta de la iglesia campeaba la siguiente inscripción: «¡Cavagnolo!, en la remota ciudad de Alcoy, ahora se cumplen cincuenta días, moría tu humilde hijo Casimiro Barello Morello, a quien quiso glorificar Dios que hace felices a los pobres de espíritu. Ya que por él hoy resuena glorioso tu nombre en los labios de los creyentes, también hoy en este templo ofrece tú, por él, una plegaria y un sufragio».

Se comprende pues, que un aire de santidad rodee su tumba y que los fieles acudan a su mediación en sus necesidades, por no faltar quienes han experimentado eficazmente su protección.

El proceso informativo para su beatificación comenzó en la Curia de Valencia el día 16 de octubre de 1947; el 17 de enero de 1949, quedó clausurado y el 20 de abril del mismo año fué entregado en Roma a la Sagrada

Congregación de Ritos, entrando con ello en la fase del proceso apostólico.

La causa está pues en marcha; ahora sólo falta que no amaine el hervor de las oraciones de los buenos, encomendándose a su intercesión y pidiendo a Dios que con nuevos milagros glorifique a su siervo, si esa es su Divina Voluntad.

A. M. D. G.

«Donde me albergo con más gusto es en los hospitales y en las cárceles porque sé que allí estoy, no por querer propio, sino por voluntad de Dios»

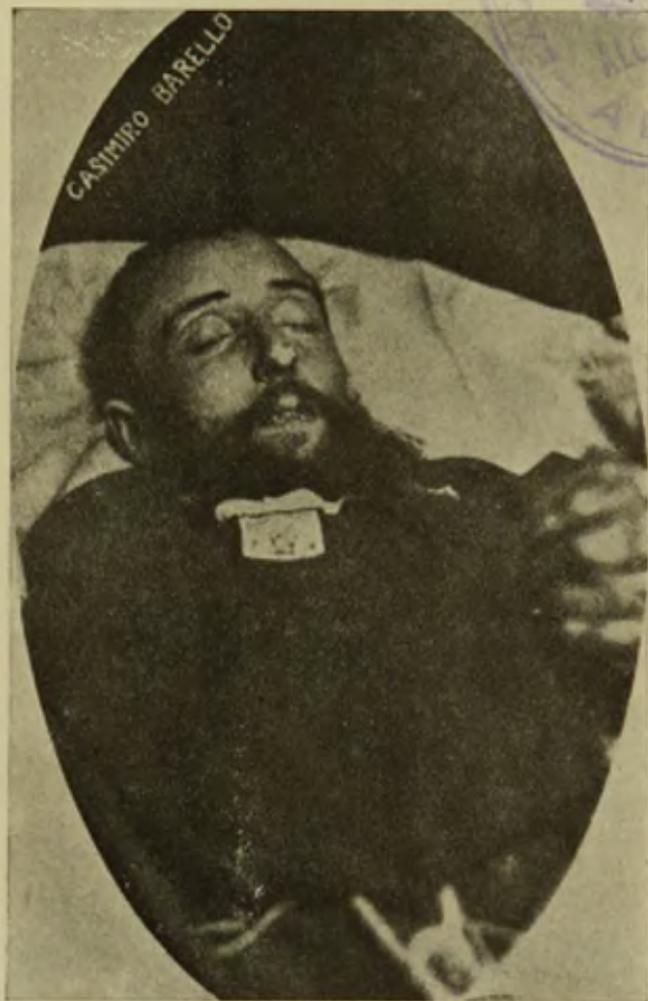
Casimiro Barelo.

EPILOGO

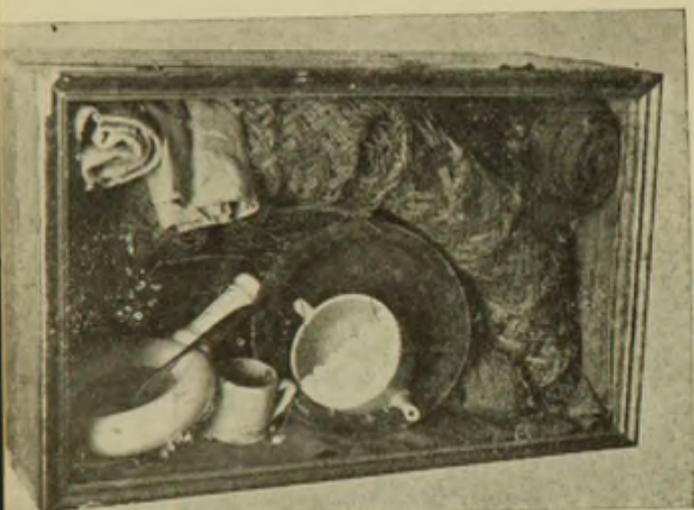
Lector amigo: Ya conoces al peregrino Casimiro Barelo. Un joven que en la flor de la edad, practica la vida cristiana, heroicamente, demostrando que la santidad, signo de la era evangélica, es patrimonio de todos los hombres y de todas las edades de la vida.

El deporte constituye el alma de la juventud actual, y es el elemento que da la tónica al mundo de hoy, que por eso es frívolo e insustancial y sin valores positivos y estables.

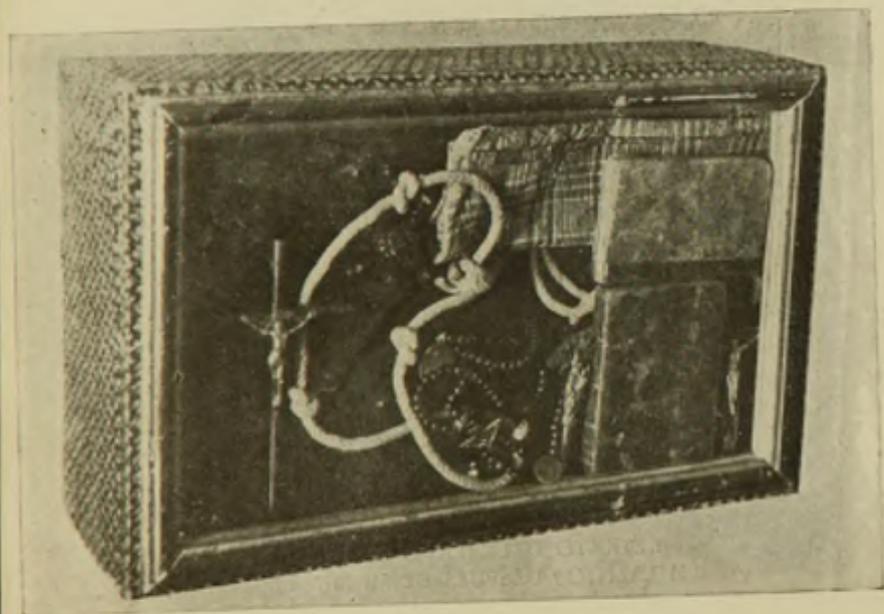
Para remedio, hacen falta muchos Casimiros que practiquen el deporte al estilo de San Pablo: «Sic currite ut comprehendatis», que corran velozmente por el camino de las virtudes cristianas con la mirada puesta en la meta de los valores eternos, y con su austeridad, amor a la pobreza y a la Eucaristía, den al mundo la fisonomía evangélica que hoy no tiene.



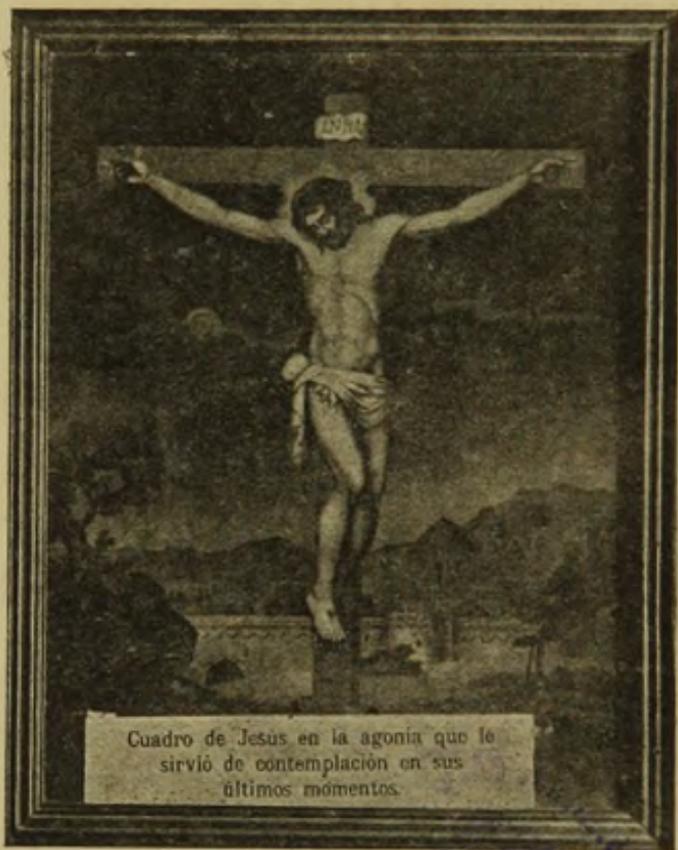
RETRATO DEL SIERVO DE DIOS,
MOMENTOS DESPUES DE SU MUERTE



OBJETOS
USADOS EN
SU ULTIMA
ENFERMEDAD

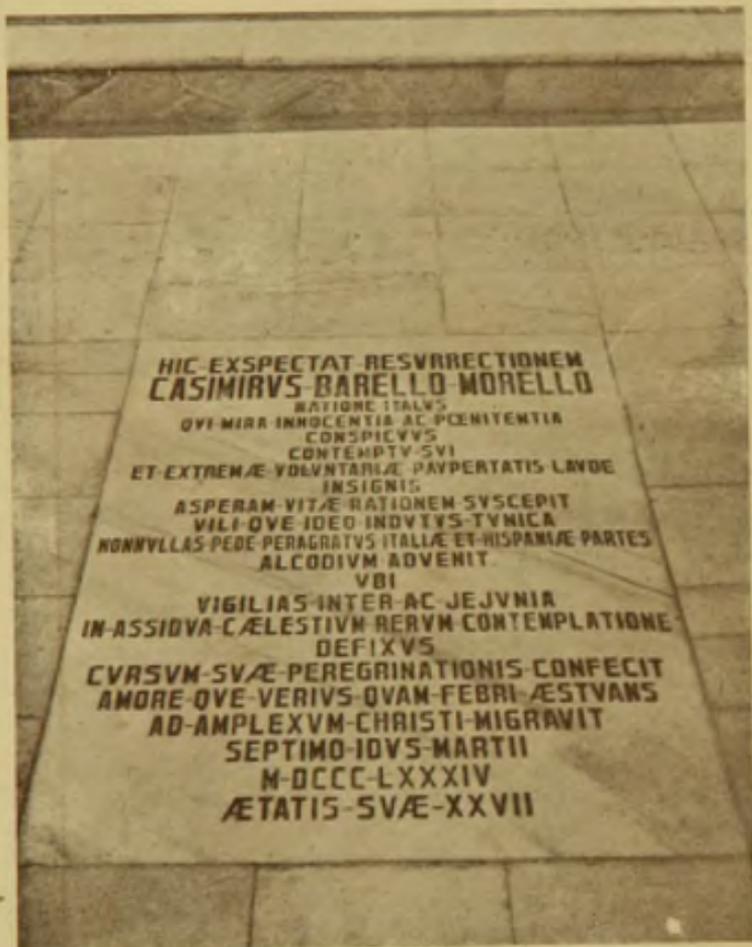


CRUCIFIJO, DEVOCIONARIO, CORDON Y OTROS OBJETOS,
USADOS POR EL SIERVO DE DIOS



Cuadro de Jesus en la agonía que le
sirvió de contemplación en sus
últimos momentos.





HIC EXSPECTAT RESURRECTIONEM
CASIMIRVS BARELLO MORELLO
NATIONE ITALVS
QVI MIRA INNOCENTIA AC PŒNITENTIA
CONSPICVVS
CONTEMPTV SVI
ET EXTREMÆ VOLVNTARIÆ PAVPERTATIS LAVDE
INSIGNIS
ASPERAM VITÆ RATIONEM SVSCEPIT
VILI QVE IDEO INDVENS TYNICA
NONVLLAS PEDE PERAGRATVS ITALIA ET HISPANIÆ PARTES
ALCODIVM ADVENIT
VBI
VIGILIAS INTER AC JEJVNIA
IN ASSIDVA CÆLESTIVM RERVN CONTEMPLATIONE
DEFIXVS
CVRSVM SVÆ PEREGRINATIONIS CONFECIT
AMORE QVE VERIVS QVAN FEBRI ÆSTVANS
AD AMPLEXVM CHRISTI MIGRAVIT
SEPTIMO IDVS MARTII
M-DCCC-LXXXIV
ÆTATIS SVÆ-XXVII

LAPIDA SOBRE SU TUMBA EN LA IGLESIA DE SAN JORGE. (ALCOY)

